



DIOCESE OF
OAKLAND

¿CÓMO PODRÍA ALGUIEN PERMANECER ALEJADO?

REGRESO A LA EUCARISTÍA

OBISPO MICHAEL C. BARBER, S.J.

29 DE JUNIO DE 2021

“Cómo he anhelado celebrar esta Pascua con ustedes” (Lucas 22:15). Cuando la gente pregunta: “¿Por qué debemos ir a Misa?”, yo respondo: “Porque Jesús te está esperando allí en la Iglesia, y quiere estar contigo -allí mismo- en la Sagrada Eucaristía”. Se trata de un encuentro personal con Jesús que vivimos como individuos Y como una comunidad, en la celebración de la Misa. La celebración de la Eucaristía es el momento y el lugar en el cual podemos permitirle a Cristo que nos ame, y podemos devolverle Su amor.

Sabiendo esto, ¿cómo podría alguien permanecer alejado?

Estamos saliendo de un año y medio de “ayunar” de la participación plena, personal y activa en la Eucaristía, por las precauciones que debimos adoptar por la pandemia de COVID-19. Por eso el Señor nos vuelve a decir, como lo hizo con los apóstoles en la Última Cena: “¡Cuánto he anhelado estar con ustedes!” Y cómo los sacerdotes también hemos anhelado estar con ustedes para conmemorar juntos la pasión, muerte y resurrección del Señor.

No puedo expresarles lo feliz que me sentí al ver a tanta gente regresar a Misa para la Semana Santa y la Pascua de este año, y desde el pasado 15 de junio con el levantamiento de la mayoría de las restricciones de COVID-19, para Misas diarias y dominicales. Me sentí como San Pedro durante la Transfiguración, cuando dijo: “¡Señor, es bueno que nosotros estemos aquí!”.

Al participar en la Misa, podemos estar junto a Jesús en el momento en que Él entrega Su vida por Sus amigos. Tú y yo somos esos amigos. Jesús amó a Sus apóstoles “hasta el fin” (Jn 13, 1), y nos amará “hasta el fin”.

Cuando Cristo enseñó: “Vengan a mí, todos los que están fatigados y agobiados por la carga, y yo les daré alivio”, creo que nos animaba a acercarnos a Él donde está más intensamente presente, en Su propio cuerpo y sangre en el altar del sacrificio en cada Misa. Quizás eso explique el estudio de los sociólogos que encontró que todos los grupos socioeconómicos de personas sufrieron más ansiedad, más estrés y más depresión durante la pandemia, excepto uno: los que asisten a la iglesia con regularidad.

Cuando Cristo dijo a los apóstoles en la Última Cena “Hagan esto en memoria mía”, no sólo les estaba dando una instrucción a los apóstoles para que celebraran la Eucaristía, sino que también nos invitaba a todos, hermanos y hermanas cristianos a acercarnos juntos al altar, para escucharlo hablar con nosotros de las Escrituras, y recibirlo dentro de nuestro cuerpo y nuestro corazón.

En los documentos del Concilio Vaticano II leemos que la comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo nos transforma en lo que recibimos. Nos divinizamos. Santo Tomás de Aquino enseñó que “El efecto propio de la Eucaristía es la transformación de los seres humanos en Dios” (Santo Tomás de Aquino, Sent. IV, dist. 12, q. 2, a. 1.). ¿Nos damos cuenta de lo que esto significa?

Nuestra creencia en la presencia real de Cristo en la Eucaristía viene de las Escrituras. Jesús afirma Su presencia real al decir: “Éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre” (Lc 22: 19-20; Mt 26: 26-28; Mc 14: 22-24; 1 Cor. 11: 23-25). La Iglesia siempre ha guardado y preservado fielmente esta enseñanza de una generación a la siguiente, a pesar de que las herejías diluyan o incluso nieguen la presencia real de Cristo en la Sagrada Comunión.

Jesús mismo enseñó lo importante que era para Él que viniéramos a celebrar la Eucaristía y a recibirlo en la Sagrada Comunión:

“Yo les aseguro: Si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no podrán tener vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como el Padre, que me ha enviado, posee la vida y yo vivo por él, así también el que me come vivirá por mí.” (Jn 6, 53-57)

Como escribió recientemente el obispo Robert Barron: “Simplemente, desde este lado del cielo, no hay una comunión más íntima posible con el Señor resucitado”.

Así que regresemos a Él en la Misa, en persona, uniéndonos como una comunidad de adoración, para ser alimentados con Su palabra en las escrituras y Su cuerpo y sangre en la Sagrada Comunión.

Dado que la salud espiritual siempre ha sido considerada una prioridad, estoy restableciendo la ley que fue dispensada debido a la pandemia. Nuestra solemne obligación de asistir a Misa los domingos y los días santos de obligación volverá a entrar en vigor en la Diócesis de Oakland a partir del domingo 15 de agosto de 2021, día en que celebraremos la Solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora al Cielo.¹

En la Liturgia Divina de las Iglesias Católicas orientales, en el momento del signo de la paz, cada uno le dice a su prójimo: “Cristo está entre nosotros”. Y la respuesta es: “Él está y siempre estará”. Regresemos a Su presencia con alabanza; Aclamémosle con “cánticos”. (Salmo 95: 2).

¹ Si bien es cierto que una enfermedad, una dolencia o razones verdaderamente graves podrían impedirnos y, por lo tanto, dispensarnos siempre de nuestra obligación de asistir a la Iglesia para participar en la Misa, cualquier ausencia casual de la Misa sin una razón seria lleva la carga de un pecado deliberado contra Dios y el prójimo (y debe ser llevado a la Confesión antes de recibir la Sagrada Comunión). Desde mucho antes de esta pandemia, la Iglesia siempre ha reconocido que existen razones “serias” o “graves” que impiden que los católicos asistan a Misa. Por ejemplo, si una persona está enferma o confinada en su hogar, o vive / visita áreas del mundo donde el acceso a la Misa es limitado, o surge una situación que impide viajar (una tormenta de nieve o una llanta pinchada), dichas personas no estarían sujetas a esta obligación. En el caso de esta pandemia, las razones serias o graves incluirían:

- Cualquiera que esté enfermo, sintomático o haya estado expuesto recientemente al coronavirus. Proteger la salud de los demás es un acto de caridad cristiana y un deber moral entre nosotros.
- Cualquier persona con factores de riesgo importantes para la salud que le obliguen a evitar los espacios públicos, o si cuida a alguien con factores de riesgo significativos.
- Cualquiera que no pueda asistir a Misa por causas ajenas a su voluntad, por ejemplo, un padre que cuida a un niño enfermo o si el sacerdote está enfermo.